

El Lujo y el Psicoanálisis

Por ENRIQUE GUARNER

LA palabra lujo se deriva del latín «luxus» y significa la abundancia de lo superfluo, o sea, la búsqueda de satisfactores que no son esenciales en la vida. Sin embargo, tenemos que afirmar que el concepto resulta relativo puesto que en los cuarenta el refrigerador era un utensilio de lujo confiado al uso de los ricos y hoy en día existe en la mayoría de los hogares de la clase media. Lo mismo podemos señalar con respecto al receptor de la televisión del cual solamente gozaban en los cincuenta las familias acomodadas y en la actualidad pueden verse las antenas hasta en las casas más humildes.

Por lo tanto catalogaremos como elementos lujosos las mansiones, los yates, los automóviles ostentosos, ciertos artículos artísticos, la joyería, determinados alimentos o vino y por qué no, hasta los mismos psicoanalistas.

En los inicios de la humanidad se careció de lujos. Es más, tanto en Egipto como en Mesopotamia toda la tierra pertenecía a los faraones o reyes y casi no había propiedad privada. Los únicos que podían gozar de lo superfluo eran los grandes señores y la clase sacerdotal. En forma absurda los soberanos conservaban sus objetos lujosos hasta después de la muerte siendo enterrados con ellos.

La democracia griega careció de ostentación y las casas no poseían mayores pretensiones, fundamentalmente porque el varón vivía la mayor parte del día en la calle. Habitualmente el hogar consistía en un patio al que convergían los dormitorios y la cocina.

Los alimentos resultaban sencillos y procedían de los cultivos, o sea, vegetales, frutos, higos y uvas. Los principales cereales eran frijoles o lentejas. Formaban los condimentos comunes el ajo, la cebolla y el aceite de olivo. El pan que frecuentemente se elaboraba en la misma casa se endulzaba por medio de miel. Abundaba el pescado y la carne procedía del puerco o del pollo. Las cabras se destinaban a producir leche, las ovejas lana y las reses al transporte. Por lo tanto el único lujo lo constituía el sacrificio de una vaca.

A lo largo de la República los romanos mantuvieron la dignidad de los griegos y el hombre de Estado era censurado si abusaba en su vestuario o comía de manera extravagante. Los alimentos se cocinaban con simpleza y el «ientaculum» o desayuno consistía en leche, pan con miel y algún queso. El «prandium», almuerzo, se constituía por pescado con vegetales, mientras la «cena», aunque

incluyera carne o pollo, seguida de fruta, tampoco pasaba por excesiva. En todas las casas se tomaba vino frecuentemente diluido con agua.

Resulta interesante el que antes de la primera guerra púnica en el siglo segundo antes de J.C., el embajador cartaginés se burlara de la ingenuidad romana porque la misma vajilla de plata, fuera trasladada de una casa o otra en los banquetes con los que se le agasajó.

Desafortunadamente las conquistas transformaron a Roma incrementando el número de esclavos y la abundancia de metales preciosos. Con ello se inició el lujo, las casas se agrandaron y los muebles y alfombras se volvieron ostentosos. Los banquetes alcanzaron inconcebibles proporciones y se adquirían toneles repletos de ostras, anchoas y aun caviar. En su vestuario las mujeres se tornaron extremadamente exageradas y competían en el uso de cosméticos con las prostitutas. Se dice que una de ellas llegó a usar una toga cubierta de perlas y esmeraldas que fue valuada en cuarenta millones de sestercios. Incluso cuando Marco Antonio escapó a Egipto para unirse con Cleopatra portaba anillos en los dedos que se estimaron en dos millones.

Por supuesto que el senado intentó pasar leyes que limitaran el dispendio, pero al igual que sucede en México, los funcionarios también disfrutaban del lujo e ignoraron las regulaciones.

Los excesos en favor de lo superfluo condicionaron el triunfo del cristianismo, doctrina que en un principio predicó en favor de la sencillez ofreciendo la ventaja del cielo. Incluso en los castillos medievales se reducían los grandes lujos a un nivel aceptable. Tal vez fueron las iglesias las que representaban, por los tesoros que contenían, los guardianes de la riqueza.

Sin embargo, los príncipes renacentistas modificaron el curso de la dirección artística y la humildad que expresaban «las piedades» se transformaron en las suntuosas pinturas paganas. Muchos soberanos exageraron la ornamentación de sus castillos y adquirieron vestuarios fastuosos. Excepción entre ellos constituyó Felipe II de España, quien a pesar de habitar en el Escorial gobernaba al mundo desde la silla más sencilla que pueda uno imaginarse.

El apogeo del lujo puede verse todavía en el palacio de Versalles que fuera edificado por Luis XIV con los impuestos que su ministro Jean Colbert imputaba a los súbditos. Lógicamente los sucesores tuvieron que enfrentarse con la Revolu-

ción Francesa que condenaba el lujoso dispendio de los aristócratas.

A fines del siglo XVIII se inició una nueva revolución a la que se ha llamado industrial, la cual hizo accesibles una gran cantidad de manufacturas que hasta entonces se habían considerado como inalcanzables para las mayorías. Con la época surgió un número considerable de hombres y emprendedores y se multiplicaron las fortunas. Con ellas se construyeron mansiones increíbles, yates, fabulosos automóviles y las mujeres se enjoyaron al igual que las romanas. Podríamos decir que el lujo constituye una concomitante de la riqueza, la cual trae aparejada una enorme diferenciación en cuanto a las necesidades humanas. La satisfacción de las más esenciales como alimento, vestido y protección contra el frío puede ser lograda en una época temprana de la vida, pero a partir de allí surge una nueva demanda que nos estimula hacia la búsqueda de artículos de otra calidad y que desde luego pueden resultar superiores.

Algunos economistas consideran que el gasto en objetos lujosos es beneficioso porque hacen circular el dinero y con ello se incrementa el empleo. Sin embargo, otros autores señalan que existe una falacia en lo anterior puesto que el mantenimiento de un establo de caballos pura sangre o de un velero solamente de trabajo a los que laboran en un campo reducido y no favorecen en lo absoluto al resto de la población de un país. Si el dinero que se gasta en forma extravagante se usara en otros campos de la producción traería la misma o mayor ocupación.

Aspectos psicológicos

Como vimos a lo largo de la historia los moralistas han atacado el lujo debido a que va en contra del ideal de la simplicidad. Fue por ello que en sus comienzos los padres cristianos exaltaron el ascetismo y la pobreza que nos llevarían hacia la perfección. Sin embargo, la misma Iglesia fue cayendo en la opulencia y la ostentación provocando la Reforma protestante cuya doctrina sostenía que se lograría la salvación renunciando a los grandes lujos. No obstante, los puritanos de ese origen han desarrollado en Estados Unidos el país donde más se cultiva la riqueza y por lo tanto el lujo.

Como respuesta a lo anterior nació el socialismo al considerar incompatible el contraste entre la indigencia de las mayorías con la opulencia de los millonarios. El mismo régimen criminal nazi prometió en su plataforma política limitar las ganancias y sostenía que el salario máximo no

debería sobrepasar a los mil marcos mensuales. Sin embargo, lo expuesto fue futil porque la mayor parte de estos movimientos terminan por aburguesarse y favorecen el boato de unos pocos.

En el fondo dentro de la naturaleza humana se encuentra la idea de la desigualdad social y despertar la envidia de los que nos rodean. Un Volkswagen se dan bien cuidado puede dar el servicio que un Mercedes Benz, pero quien adquiere este último se apropia de un sentimiento de superioridad sobre sus congéneres y hace que su objeto sea codiciado.

En 1921 Sigmund Freud se refirió por primera ocasión al problema de la envidia en el libro «La psicología de grupo y el análisis del yo». En este ensayo el creador del Psicoanálisis postula que cuando al niño le nace un hermano, éste compete por el afecto de la madre. Es entonces cuando surgen los celos al perderse los privilegios y la atención, los cuales se vuelcan contra el recién llegado. Los padres reprimen su hostilidad y le obligan a identificarse con el menor, pero aparece una formación reactiva, o sea, la expresión de lo que es contrario a lo que se siente.

Según Freud el pensamiento se convierte en la idea de que si uno no puede ser el favorito, que el otro tampoco lo sea. De aquí se deriva la envidia hacia el que posee más y se desarrolla una necesidad de solidarizarse en un grupo para combatir a aquellos que se vuelven ostentosos.

En 1957 la también psicoanalista Melanie Klein hizo la diferenciación entre: la envidia, los celos y la avidez por los objetos. En el sentimiento envidioso siempre hay cólera porque alguien es dueño de algo que se desea. Los celos se fundamentan en una emoción parecida, pero se establecen cuando entran en juego tres sujetos. Por último la avidez se produce como un deseo insaciable de alcanzar objetos que nos proporcionen cierto placer.

En conclusión, el lujo constituye un sinónimo de la ambición y la codicia llevándonos a la intolerancia demostrando una superioridad ficticia sobre nuestros semejantes.